

ERNESTO, UN SER HUMANO

Apareció un hombre
bajo los riscos y sombras
de los altos andes del centro del Perú.
Un hombre alto de voz franca.
Su color contrastaba con los del pueblo.
Era un hombre vestido de Dios,
traía un mensaje de paz.
Su voz se oyó a lo largo de los pueblos,
lo escucharon la gente sencilla
y de todas clases.
Un filósofo que le extraía sentido
a la monotonía del diario vivir.
Sembraba semillas de vida.
En cada lugar tuvo su eco,
se confundió entre los pobres,
se inculturó en la melancolía
e hizo brotar alegrías y esperanzas.
Todo ser humano era su hermano.
Doctor de almas,
se sentaba entre los que no tenían voz
para prestarles una razón, la fe que viene de Dios.
Peregrino incansable,
después de un largo viaje, seguía viajando;
después de una intensa jornada
le sobraba amor para brindarla en la
celebración.
Hacía lo que pensaba realizar,
sus proyectos se consumaban para bien de los
demás.
Gran emprendedor,
como su creador seguía creando cosas
nuevas.
Su voz eucarística conducía hacia la
asamblea celestial,
al banquete del cordero,
donde se sentía el misterio de Dios.
Este hombre peleó todas las batallas,
hizo su presencia en tierra del terror,
Huancapi,
se situó en medio de la guerra.
Si no podía ayudar, quería estar con los
sufridos.
Quiso vivir muchas vidas
a semejanza del Padre Gaspar
“Si tuviera mil vidas con gusto las daría” o
“nos faltará tiempo, pero no espacio
para comunicar el mensaje de salvación”.

Ministro inspirado,
escribió con palabras y acciones,
dirigiéndose siempre al fondo del asunto.
Vivió para que los demás tengan vida
Sorbió cada copa que le ofrecía la vida
En la recta final, ni el dolor ni el sufrimiento
pudieron,
siguió siendo instrumento de Dios;
“El que persevera hasta el final, ese se
salvará”.
Su vida sigue latiendo porque
“mi corazón está en el Perú”, decía.
Padre Ernesto tu vida ha sido una bendición
del Padre Eterno.
“Vengan benditos de mi Padre...”

P. Aurelio Chipana C. PP.S.

